Revista de Estudios Taurinos
N.º 24, Sevilla, 2008, págs. 279-280

MANOLETE*

Ángel Álvarez de Miranda

Ángel Álvarez de Miranda (1915-1957) fue catedrático de Historia de las Religiones de la Universidad de Madrid y autor de un libro fundamental sobre los orígenes rituales de la fiesta, *Ritos y juegos del toro*. Años antes de su dedicación al tema como estudioso, en los ultimísimos días de agosto de 1947, e impresionado, como toda España, por la trágica muerte de Manolete, escribió para la revista *Alférez* el breve artículo que reproducimos.

Con su publicación, nos sumamos al homenaje que le ha sido tributado por el Colegio Mayor Hispanoamericano "Nuestra Señora de Guadalupe" (del que fue primer director) en el cincuentenario de su muerte.

En esta España nuestra hay una vieja casta de hombres bravos: se les llama toreros y nacen con una ornamental vocación de morir. Ellos, agonistas de un juego mortal e innecesario, son ya, en este mundo sin religión ni héroes, los únicos que prolongan el sentido del rito bajo el sol, en una auténtica liturgia que tiene como coro al pueblo entero. Por no haber nada en esta tierra nuestra que sea puramente pagano, no ha habido nunca un Píndaro que les cante su hazaña: falta aquí, por fortuna, el sentido triunfal de la vida, y abunda la sensibilidad para toda renun-

* *Alférez*, núm. 7, agosto de 1947, pág. 5. Reproducido en *Obras*, Madrid, Cultura Hispánica, 1959, I, págs. 139-140.

ciación suprema; falta la oda, que termina por ser carroña de la filología, y abunda el romance de ciego, que empieza por ser fruto de la viva tradición.

La ética del torero consiste en conjugar el heroísmo con naturalidad, entendiendo la vida como cosa feudataria del destino trágico, y la tragedia misma como un festivo acto de servicio. Es ética de caballeros, ética a la jineta, que analizada, podría resumirse: sobre el lomo oscuro de la patética se aposentan el valor y la gracia, elevándola al rizo y espuma de la estética. Ética, pues, del más alto y bello orden ecuestre.

Manolete, torero de la generación del 36, eslabón reciente de una vieja cadena que se prolonga a esta punta del tiempo, está ahí para atarnos a mil cosas que no son anécdota del tiempo y del espacio, sino esencia y sustancia de nuestro propio ser. Con ese ademán severo que había en Manolete, se puede ser en España torero como él, pintor como el de Altamira o como el del cuadro de Las Lanzas, e igualmente fraile inquisidor, conquistador de América y tantas otras cosas que sólo en España cabe ser.

Ahora, cuando él ha muerto, es momento de pedir al Señor que nos libre de ingresar en el escuadrón de los hombres conspicuos, tan nutrido por la gente de letras, que acuden a las dos liturgias más vivas en este pueblo nuestro: la procesión y la corrida, para presenciarlas en teorizante, con la actitud del sofista ante lo espontáneo. En tiempos de filisteísmo hay que pedir al cielo que nos conserve dóciles a la piedad y al entusiasmo, que nos ayude a ser fieles entre el coro de fieles, rezando hasta el llanto con los procesionantes y gritando hasta enronquecer en los tendidos.